



“VIAJES” A NINGUNA PARTE

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

Fotografías: *Spun*, dirigida por Jonas Åkerlund





Los excesos siempre son malos, sean del tipo que sean. ¿Cuál es una de las adicciones más terribles y perniciosas que ha causado, y causa, muchísimas “víctimas” en el mundo? Me refiero a las drogas, esas sustancias estupefacientes que destruyen la vida de quienes las consumen, así como la de muchos de sus allegados. Todos hemos visto u oído hablar de películas relacionadas con este tema. Sin embargo, **Spun** (Jonas Åkerlund, 2002) es una película estadounidense no muy conocida, debut en el campo del largometraje de Åkerlund, músico sueco especializado en vídeos musicales. Se trata de una fantástica aventura donde un grupo de adictos a la metanfetamina, viven aventuras delirantes que nos asombran, nos repelen y, a veces, nos hacen reír.

Los personajes son todos ávidos degustadores de metanfetamina (una de las drogas que crean más adicción), bien como consumidores, bien como traficantes y también consumidores

o bien como elaboradores, cuyas vidas (mejor dicho, lo que queda de ellas) seguimos a lo largo de varios días. Las compras, los trapicheos, la manera de conseguir dinero y, al tiempo, evitar que te dejen moribundo en una cuneta, es lo que vemos durante las casi dos horas de metraje a través de una cámara que parece también bajo los efectos de alguna sustancia, por los giros, movimientos y encuadres que vemos en la pantalla. Esta estética visual presenta similitudes con el famoso movimiento Dogma danés, aunque aquí mucho más desmadrado, compulsivo y con menos técnica.

El director se recrea en los tics de los personajes, nos los presenta a través de su lado más oscuro y descorazonador. Desde el adicto infeliz e imaginativo que busca droga para colocarse, hasta la ingenua y un tanto alocada amiga del fabricante del producto, pasando por el violento y arrogante traficante y consumidor, las simples y desesperadas vendedoras de una tienda de gasolinera y el loco y obsesionado con el sexo productor de mercancía. Sin dejar pasar unos policías que intervienen en un *reality show* y que, alguna vez, parecen más histriónicos que los demás. Todos viven encerrados en un círculo vicioso sin escape y de paredes invisibles que es la droga, condenados por una violencia que poco a poco se adueña de ellos.

Otro detalle que vemos a lo largo del filme son los primeros, o mejor primerísimos, planos de los intérpretes, bien sean de sus caras, manos y pies que cobran vida propia, e incluso objetos que están en cualquier lugar de los diferentes escenarios por los que transcurre esta alocada y tragicómica aventura que no dejará a nadie indiferente. Los personajes parecen conectados a una corriente eléctrica que mueve compulsiva y desordenadamente sus vidas y les aboca a situaciones cuya salida escapa nuestra comprensión.

En cuanto a los intérpretes, que encabeza un extraño y lunático Mickey Rourke, vestido de vaquero y con un gesto hierático (no sabemos si por su papel de fabricante y consumidor de droga





o por el inicio de sus muchas operaciones de cirugía estética), todos intentan acoplarse a la excentricidad del personaje que les ha tocado representar. Asimismo, Jason Schwartzman, en su cuarto largometraje, es quién más compasión produce (aunque también quién más demencias comete) al dar vida a un joven que se encuentra siempre en el ojo del huracán, de forma casi involuntaria, pues lo que él únicamente desea es “colocarse” tranquilamente. John Leguizamo da vida al más desequilibrado, violento y desafortunado de todos, pues siempre la mala suerte (si es que se puede tener suerte en una vida así) se ceba con él. En cuanto a las actrices, Brittany Murphy y Mena Suvari, ponen el toque sexy, la primera más que la segunda, en un ambiente donde todos son amigos de todos, todos desconfían de todos y todos quieren deshacerse de todos. Este elenco de personajes vive en sus propias carnes alucinaciones presentadas en la pantalla por medio de animación e imagen real, que nos recuerdan a las películas de hippies psicodélicos de los sesenta.

Otro personaje de la película es un destartalado coche de marca sueca que conduce a los protagonistas en sus idas y venidas, en sus huidas y persecuciones, y cerca del cual tiene lugar la única escena lúcida de toda la película. Esta situación sorprende al espectador, por inesperada, y brinda un atisbo de ilusión a dos de los protagonistas, acompañado no obstante de un primerísimo plano (no diré de qué parte del cuerpo) que mantiene la esencia hilarante de la historia. Tras este remanso de paz, todo vuelve a la “normalidad” que recorre toda la obra.

Esta película hay que verla sin ninguna pretensión. Su intención es, entre otras, advertirnos de los peligros de la droga,

si bien lo hace con humor y originalidad en el punto de vista. No apta para los paladares más impresionables, estamos ante una historia de perdedores, donde nadie gana, donde los “viajes”, tanto con la droga como con el coche antes aludido, transportan a los protagonistas a lugares de los que no se sabe si podrán regresar algún día.

